

Al saber Anacaona que Ovando se acercaba á su provincia con objeto de visitarla, se dispuso á recibirle dignamente en union de sus caciques y de lo mas distinguido de su reino. La recepcion fué de las mas brillantes, segun las costumbres de los naturales; entonando himnos populares, ondeando ramos de palma, y ejecutando danzas originales y vistosas. Terminada esta fiesta, Anacaona dió á Ovando la mejor casa de la poblacion para que se alojase, y á la tropa las que se hallaban contiguas. El gobernador permaneci6 algunos dias recibiendo, sin cesar, obsequios de la reina Anacaona. Pero aquellas demostraciones de aprecio no llegaron á destruir el recelo de que reinaba el espíritu de rebelion. Los que sin cesar le habian dado aviso de las querellas suscitadas entre ellos y los caciques, insistieron en que, bajo aquellas demostraciones de veneracion, se ocultaba una temible conspiracion, que si no se cortaba prontamente, podria extenderse á las demás provincias de la isla, siendo entonces difícil el vencerla. Ovando fué demasiado ligero en dar crédito á las acusaciones de los suyos y cruel en la manera de castigar á los que juzgaba conspiradores.

Un acto cruel de Ovando. El malaconsejado gobernador, manifestando que anhelaba corresponder á los obsequios recibidos, convidó á la reina Anacaona y sus caciques á una fiesta que él se proponia darles. Todos concurrieron el dia señalado al sitio convenido, que era la plaza, y Anacaona y los caciques fueron recibidos en la casa que ocupaba Ovando. El espectáculo que se iba á dar era un torneo en magníficos caballos. Los justadores comenzaron el vistoso simulacro de un combate; pero de repente, á una

señal convenida hecha por Ovando, sonó una corneta, y mientras unos soldados se arrojaban sobre los caciques y los amarraban á los postes, que sostenian el techo, y otros conducian á una prision á la reina Anacaona, el resto disparaba sus armas sobre la multitud que estaba en la plaza y que huyó para ponerse en salvo.

Pocos instantes despues, la casa en que se encontraban amarrados los caciques desaparecia entre las llamas con los desgraciados que, no pudiendo romper las ligaduras que les sujetaban, perecieron asfixiados. La reina Anacaona fué conducida presa á Santo Domingo; se le formó proceso, y pocos dias despues fué ahorcada públicamente.

Indignacion de Isabel contra Ovando, por el acto cometido contra los indios. Este hecho, que arroja un negro borron sobre la vida de Ovando, causó un disgusto general en los españoles de la isla y en España.

La reina Isabel lo escuchó con horror; y á pesar del empeño de Ovando por justificar su conducta, tratando de probar que el acto habia sido indispensable para evitar que otros caciques conspirasen, la reina se manifestó indignada, y aun hubiera hecho un ejemplar castigo con el cruel gobernador si la muerte no hubiese venido á cortar los dias de la mas noble de las soberanas.

Buen gobierno de Ovando. Ovando procuró borrar la mala impresion que habia causado en el ánimo de todos el acto cometido, y dictó providencias altamente útiles al gobierno de la isla, que aumentaron su prosperidad y su riqueza. La agricultura crecia; los abusos encontraron correctivo; los caciques guardaban la mejor armonía con las autoridades españolas, y la paz parecia haber asentado su trono sobre bases sólidas.

1504. Cuando la calma y la prosperidad extendían sus benéficos dones sobre todos los ámbitos de la colonia, llegaba de España á la isla de Santo Domingo, en un buque desarbolado y destruido por las recias tormentas que habia sufrido, un jóven de diez y nueve años de edad, de agradable presencia, de modales distinguidos y de mirada inteligente y franca. Este jóven, que mas tarde debia ocupar el principal lugar entre los conquistadores de la América, se llamaba Hernan Cortés.

Inmediatamente que saltó á tierra, se dirigió á la casa del gobernador Ovando, para el cual llevaba cartas de recomendacion. Ovando se hallaba recorriendo algunas provincias, pero fué recibido por su secretario con regulares muestras de aprecio. El gobernador, al volver de su paseo por el interior, quedó prendado del buen porte, talento y distinguidos modales del jóven, y le acogió con las manifestaciones de la mas alta deferencia, ofreciéndole cuidar de su porvenir con particular esmero, y admitiéndole, desde luego, en el trato de los de su familia. Hallándose la isla en completa paz, el espíritu de Cortés tuvo que acomodarse á la quietud de la vida pacífica, cuando el deseo de adquirir gloria en los combates le habia conducido al Nuevo Mundo. Ovando, vivamente interesado en favor del jóven, le concedió tierras de alguna importancia, y Cortés se dedicó á la agricultura, con inteligencia y empeño, encontrándose pronto dueño de una regular fortuna. Dotado de sentimientos caballerescos, trataba á los indios con la bondad recomendada constantemente por los soberanos, haciéndose querer y respetar de ellos.

La reina Isabel, interesada en la felicidad de los habitantes nacidos en las posesiones de América, trabajaba sin descanso, buscando los medios de hacer cumplir religiosamente con las instrucciones humanitarias que dictaba. Nada heria mas hondamente su alma que la noticia de algun vejámen cometido contra sus nuevos vasallos. Por eso cuando llegó á saber el hecho cruel de Ovando con la reina Anacaona y sus caciques, se propuso hacer un ejemplar castigo con el gobernador, no encontrando razon para haber echado mano de un medio tiránico, aun cuando, como Ovando aseguraba, hubiesen fraguado un levantamiento. Pero la muerte vino á arrebatárle la vida de aquella gran reina, modelo de virtud y de piedad, que habia nacido para hacer el bien y habia muerto recomendando las buenas obras. Su muerte, acaecida el 26 de Noviembre de 1504, en Medina del Campo, fué sentida por todos los hombres de noble corazon. Modesta y sencilla en el trono, quiso serlo tambien en sus deseos al separarse del mundo, y para evitar que en su muerte se desplegase una pompa y vanidad que en vida le disgustaron, dejó en su testamento una cláusula recomendable. «Que se entierre mi cuerpo—dice—en el monasterio de San Francisco, que está en la Alhambra de la ciudad de Granada, en un sepulcro bajo, sin monumento, excepto una losa llana, con la inscripcion en ella. Pero deseo y mando que si el rey, mi señor, escogiese sepulcro en alguna iglesia ó monasterio, en algun otro sitio ó lugar de estos mis reinos, que mi cuerpo se transporte allí, y sea enterrado junto al cuerpo de S. A., de modo que la union que hemos gozado

Muerte de Isabel.
Sus últimas
disposiciones en
favor de los
indios.

en vida, y la cual, por la misericordia de Dios, esperamos que nuestras almas experimentarán en el cielo, pueda representarse por nuestros cuerpos en la tierra.»

No se olvidó la virtuosa Isabel, en su testamento, de los sencillos indios á quienes habia mirado siempre con el cariño de una madre. En la cláusula referente á los habitantes de las descubiertas islas, cuya conversion y felicidad habian sido el objeto de sus cristianos afanes, decia que, «habiéndoles concedido el Papa á su real esposo y á ella la posesion de las islas y tierras firmes del mar Océano, descubiertas y por descubrir, á condicion de enviar preladados dignos que les instruyesen en la fé católica y se les enseñasen buenas costumbres, suplicaba al rey, y mandaba á la princesa su hija, y al esposo de ésta, que cumpliesen religiosamente con el deseo de Su Santidad, que era y habia sido siempre el suyo; que pusiesen el mas decidido empeño en la propagacion de la fé, por la dulzura y la persuasion; que no consintiesen ni diesen lugar á que los indios recibiesen agravio alguno en sus personas y bienes; que lejos de consentir el mas leve mal contra ellos, mandasen que fuesen bien y justamente tratados; y que si algun agravio habian recibido, lo remediasen inmediatamente, para cumplir así con lo que en las letras apostólicas se habia ordenado al hacerles el Papa la concecion referida.»

1506. Muerte de Cristóbal Colon. Dos años despues, el 20 de Mayo de 1506, murió, en Valladolid, D. Cristóbal Colon, de vuelta de su cuarto viaje, en que habia descubierto las innumerables islas llamadas de Barlomento, el continente de la tierra de Paria, y por último Veragua. Sus huesos

fueron llevados á la ciudad de Santo Domingo y sepultados en la capilla mayor de la iglesia catedral. El Rey Católico dispuso que para perpetuar la memoria de los maravillosos descubrimientos llevados á cabo por él en las Indias, se colocase en su tumba el siguiente dístico:

Por Castilla y por Leon,
Nuevo mundo halló Colon.

Mas tarde, las cenizas del ilustre hombre que descubriendo el Nuevo Mundo puso en comunicacion á la gran familia humana de los dos mundos, fueron conducidas á la Habana, donde actualmente reposan.

Entre tanto la Isla Española habia ido mejorando notablemente bajo el gobierno de Ovando. Las turbulencias de los castellanos encontraron un freno en su prudencia y su energía. Nadie osaba ya levantar la cabeza provocando motines escandalosos que relajaban las costumbres y desprestigiaban la autoridad. Si algun español turbulento cometia algun hecho contrario á la conveniencia social ó maltrataba notablemente á los indios, le quitaba los repartimientos; y si volvía á cometer otra falta grave, le desterraba á España, sucediendo lo contrario de lo que se habia practicado en los primeros años del descubrimiento, esto es, que los malos eran desterrados á la isla. Así quedó limpia la Española de gente inquieta y levantisca, y se fué poblando de honrada y laboriosa que, á la vista de la prosperidad de las nuevas tierras, empezó á salir de España llevando, en su trabajo, la esperanza de su fortuna.

Se releva á Ovando. Mucho creció en poblacion española la isla bajo la dirección de Ovando, lo mismo que la agricultura y las artes. Pero esto no borraba la crueldad cometida con la reina Anacaona y los caciques en la provincia de Jaragua, y Fernando procuró, en el instante que los negocios del Estado lo permitieron, relevarle y residenciarle. La reina Isabel habia pedido á su esposo, que no dejase sin el correctivo que mereciese la conducta del gobernador, y el rey, aunque Ovando se condujo en todo lo demás como sabio vigilante, aumentando el buen estado de las nuevas posesiones, envió á relevarle á D. Diego Colon, hijo de D. Cristóbal, á quien se le habia restituido el título de almirante que se concedió á su ilustre padre.

Algunas observaciones á la opinion de Washington Irving. El historiador Washington Irving, admitiendo, con demasiada confianza, los terribles cargos que el padre Las Casas dirige al gobernador Ovando, llega á negar á éste todas las buenas dotes de entendido gobernante que le conceden todos los demás escritores. Es verdaderamente sensible que la recomendable obra que da á conocer, en estilo el mas poético y delicado, la *Vida y Viajes de Cristóbal Colon*, descansa, en lo que se relaciona con la conducta de los gobernantes y de los españoles con los indios, en los escritos del padre dominico D. Bartolomé de las Casas, quien, «muchas veces, sin haber presenciado lo que refiere, se fió demasiado de los informes de otros» (1), y cuando referia lo que presenciaba, «tenia el defecto de dejarse llevar de las impresiones de una imaginacion demasiado viva» (2).

(1) Clavijero. *Historia antigua de Méjico*.

(2) Beaumont.

He censurado, porque juzgo que es deber del historiador censurar lo malo, la cruel accion cometida por Ovando en Jaragua; pero creeria no cumplir con el mismo deber de justicia, si le negase, solo por aquel hecho reprobable, los demas acertados actos de su gobierno.

El historiador debe, como la severa Astrea, tener un peso con dos balanzas, para poner, en una, los actos buenos, y en la otra, los malos de cada hombre público que juzgue, dejando que el fiel se incline al lugar que le corresponde.

Es sensible, por lo mismo, que el apreciable Washington Irving, que disculpa el envío de prisioneros indios por Colon á España y los repartimientos que planteó en las islas, haciendo ver, con recto juicio, que las costumbres del siglo en que vivia y las circunstancias en que se hallaba le obligaron á obrar de aquella manera, no elogie ni aun los buenos actos del gobernador español, ya que, con justicia, censura el hecho reprobable de Jaragua.